

tar las primeras gotas de este rocío, que algún día había de derramarse con mas abundancia sobre un campo ilimitado.

Entretanto, los corresponsales de Dubourg, testigos de sus esfuerzos, no renunciaban á la esperanza de fundar para la diócesis de Nueva-Orleans alguna cosa análoga, cuando á principios de 1822 fueron visitados por un vicario general de este prelado. Su presencia animó el celo ya fervoroso de los bienhechores de la Luisiana. Pero se había repetido con frecuencia una objecion, y es que no podría establecerse sólidamente una obra para las misiones mas que haciéndose católica, es decir, socorriendo al apostolado por todo el universo, y esta idea prevaleció al fin. Se convocó una asamblea, á la que asistieron doce convidados. En ella, despues de invocar la asistencia del Espíritu Santo, un sacerdote fué el primero que tomó la palabra, y despues de una sucinta relacion de los progresos y padecimientos de la Religion en la América del Norte, propuso el establecimiento de una vasta asociacion en favor de las misiones católicas de ambos mundos. La asamblea adoptó por unanimidad este dictámen, y acto continuo se designó un presidente y una comision de tres individuos encargados de preparar un proyecto de organizacion. Entonces fué cuando por la adopcion del principio de universalidad que distinguia de los ensayos anteriores á la nueva empresa, se fundó la Obra de la Propagacion de la Fé.

Y por un designio de la Providencia, que pareció desde entonces tomar el gobierno de la obra para dirigirla sin el concurso de los hombres, se halló que esta primera reunion se había celebrado, sin que nadie lo pensase, en un viernes 3 de mayo, fiesta de la Invenzion de la Santa Cruz. Solamente poco despues, cuando se designó el día de la fundacion para una de las dos solemnidades anuales de la sociedad, se advirtió que este día de los ani-

versarios futuros de la asociacion estaba consagrado al culto de la Cruz redentora, cuyas conquistas pretendian estender los humildes tributos de los asociados. Se había solicitado la aprobacion de la autoridad eclesiástica, sin la que no debe introducirse en el pueblo cristiano novedad alguna, ni aun benéfica. No se hizo esperar, y vino á consagrar los trabajos de los fundadores. Se recaudaron en el primer mes quinientos veinte francos, diez céntimos, para la diócesis: en el año primero, quince mil doscientos setenta y dos francos, quince céntimos.

Mas el pensamiento de la asociacion no podia contenerse en los límites de una provincia. Pocos días despues de la primera asamblea uno de los individuos del Consejo central de Lyon iba á escitar la caridad siempre fervorosa de las ciudades del Mediodia. Se formaban comités diocesanos en Aviñon, en Aix, en Marsella, en Nimes, en Montpellier, en Grenoble. Los eclesiásticos mas eminentes se mezclaban en esta empresa con los mas religiosos seglares, y la confiada actividad de tantos hombres honrados parecia ya hacer esperar algo grande. Muy luego uno de los fundadores se presentó en Paris; por sus cuidados se fundó allí otro Consejo central, y desde entonces la obra comprendia todo el reino.

Los asociados no contrajeron otro compromiso que rezar cada día un *Padre nuestro* y un *Ave-Maria* por el buen éxito de las misiones, añadiendo esta invocacion: *San Francisco Javier, ruega por nosotros*; y dar semanalmente la limosna de cinco céntimos (menos de un ochavo).

En 5 de marzo de 1823 presentó la asociacion una súplica á Pio VII á fin de obtener algunas gracias espirituales, que fuesen un nuevo motivo de animar á las almas piadosas. Proponerle una obra tan santa en su fin y tan vasta en su objeto, proponerle una obra destinada á ser el mas poderoso auxiliar de los

hombres apostólicos, que desde el pie de la Cátedra de Pedro se lanzan á las estremidades del mundo para convertirle; proponerle, en fin, esta obra, que por el concurso de las oraciones y limosnas prepara el momento feliz en que ya no habrá mas que un rebaño bajo un solo pastor, era ofrecerle en nombre de la Francia la expiacion mas eficaz de los dolores que esta le había causado poco antes.

Por un rescripto de 15 de marzo concedió Pio VII á los asociados, en todos los lugares en que se estableciese la asociacion con la autorizacion del ordinario, una indulgencia plenaria el día de la festividad de la Invenzion de la Santa Cruz, aniversario de la fundacion; el día de la festividad de San Francisco Javier, patrono de la asociacion, y una vez al mes á eleccion de los asociados. El mismo rescripto les concedia una indulgencia de cien días, siempre que rezaren las oraciones de la asociacion, ó que hicieren alguna limosna para las misiones, ó que asistiesen á las juntas para este objeto, ó que practicasen cualquier otro acto de piedad ó de caridad.

La obra para la Propagacion de la Fé, tan tierna por su objeto, era además por su organizacion una obra eminentemente social, de modo que debía obrar de la manera mas feliz sobre los países en que se constituia. Estendia en todas las clases el hábito y aficion á los actos de caridad; aproximaba entre sí las diversas condiciones; formaba un vínculo entre el rico y el pobre. La asociacion parecia destinada especialmente á esa parte de la sociedad, cuyas necesidades y trabajos la excluian ordinariamente de la participacion directa en las buenas obras. Los indigentes se veian llamados á ella como los demas, y el maravedí de la viuda debía ser aun mas productivo que la ofrenda aislada del rico.

Tampoco se vaciló en fomentar esta benéfica y social institucion, y las pastorales de los obispos convidaron á los fieles á una cruzada pacífica contra la idolatría.

La asociacion para la Propagacion de la Fé había recogido una de las últimas bendiciones de Pio VII.

El 6 de julio, día aniversario del rapto fatal del 6 al 7 de julio de 1809, dió una caida en sus habitaciones, y se le rompió el cuello del femur. El piadoso Pontífice pidió por sí mismo el Viático.

En visperas de perder á su soberano vió Roma con terror un incendio, causado por el descuido de un obrero, destruir la basilica de San Pedro, extra-muros, cuyo monasterio había habitado tantos años Pio VII. El fuego se declaró el 16 de julio, una hora despues de media noche, y á las seis estaba devorada por las llamas la magnífica armazon de cedro que quince siglos habían respetado. Se veian amontonadas entre las ruinas abrasadas una parte de las ciento veinte columnas que sostenian las naves de este templo, uno de los mas imponentes, de los mas vastos y de los mas ricos monumentos del universo (1).

El 19 de agosto los síntomas mas graves anunciaron la muerte próxima de Pio VII. El cautivo de Napoleon pronunciaba vagamente los nombres de Sabona y de Fontainebleau. Muy luego se alteró su voz, y por algunos sonidos de palabras latinas se reconoció que se hallaba constantemente en oracion (2). Las iglesias se llenaban de personas piadosas: reinaba un sentimiento de dolor universal. Finalmente, en 20 de agosto á las cinco de la mañana, el alma de Pio VII, separándose de los vínculos del cuerpo, se elevó hácia Dios. Este Papa, de edad de ochenta y un años y seis días, reinó veinte y tres años, cinco meses y seis días.

Su cadáver, vestido de sotana blanca con estola y cruz pastoral, permaneció desde luego espuesto en una de las salas del Quirinal, cuya parte exterior guardaba la guardia noble,

(1) Arlaud *Hist. del Papa Pio VII.* t. 2, p. 364
(2) *Ib.* p. 366.

institucion que tuvo principio en el de este reinado. Se celebraron despues los funerales por espacio de nueve dias con la pompa acostumbrada, y el ataud de Pio VII fué á ocupar en la iglesia de San Pedro el lugar que ocupaba el de su predecesor.

Ante el sepulcro de este Pontífice es necesario recordar que su eleccion, sus desgracias, su restablecimiento, todo su reinado, revelan la accion de la profunda sabiduría, que hace servir las revoluciones de los imperios para la ejecucion de sus designios (1). La Italia no pareció libertada mas que para facilitar la eleccion de un nuevo Papa, y hecha la eleccion volvió á caer en poder de los franceses. No fué suficiente haber dado un Gefe á la Iglesia y un sucesor al Príncipe de los Apostóles: mientras que los hombres de partido se felicitaban por no ver la Silla de San Pedro rodeada y sostenida por el brillo de la autoridad temporal, Pio VII volvía á entrar como soberano en la capital del orbe cristiano. Despues se le vió conducido dos veces por una mano invisible á esa misma ciudad y á esa misma Silla, de la que le habia alejado la persecucion. Las legiones del Norte llegaron de nuevo en auxilio de la Iglesia, y la barca de Pedro volvió á entrar tambien en el puerto. Así concurrieron al triunfo de la Religion los acontecimientos políticos, y la calma salió del seno mismo de las tempestades.

Aunque probado con tantas persecuciones, el Pontificado de Pio VII fué ilustrado por trabajos de toda naturaleza. En este reinado se emprendieron las escavaciones de Ostia, que hicieron conocer la verdadera situacion de esta ciudad (2); se allanó el suelo al rededor del arco de Constantino y del de Septimio Severo; se escombró y limpió el Forum romano;

(1) *Amigo de la Religion*, t. 37, p. 97.

(2) *Artaud, Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 576.

se construyó la fuente de Monte-Cavallo, despues de haber dado á las dos columnas una posicion mas pintoresca; se elevó el obelisco del monte Pineiro; se derribaron las casuchas que afeaban la plaza de San Pedro; se embelleció la del Popolo; se hizo salir de sus ruinas el Forum de Trajano, cuyas fundaciones encontraron los franceses. Pio VII construyó nuevos departamentos en el museo del Vaticano, y edificó en él la parte llamada *Braccio nuovo*; pero hubo algunos trabajos menos felices en la biblioteca vaticana, en la que frescos medianos representan la mayor parte de las desgracias sufridas por este Pontífice. Ciertamente el protector del sabio Mai y del ilustre Canova mereció bien de las letras, de las ciencias y de las artes.

Si de los acontecimientos y actos de este pontificado pasamos á las cualidades personales de Pio VII, hallaremos en sus virtudes un justo motivo de admiracion. Su piedad, su celo por el bien de la Iglesia, su moderacion y prudencia brillan en todas las páginas de su historia. Su rostro tranquilo y sereno, anunciaba ya por sí solo la paz de su alma, y reinaba en su fisonomia un aire de dignidad sencilla que infundia respeto. Pero la bondad de Pio VII no rebajó su valor, ni su dulzura perjudicó á su firmeza. Se le vió en los tiempos de prueba sostener con resignacion el peso de la adversidad, cansar en cierta manera á su enemigo con su paciencia, y honrar la Religion con su noble resistencia. Mientras que toda la Europa se humillaba á los pies de un soldado; mientras que tantos soberanos, sufriendo la ley del vencedor, cambiaban de corona segun sus caprichos, un solo hombre estaba de pie, y este hombre era el Gefe de la Iglesia. Desde el fondo de su prision rechazaba Pio VII pretensiones arrogantes; y esta resistencia, que desconcertaba los proyectos mejor concebidos, bastaba por sí sola para turbar una orgullosa

prosperidad. Si durante un cuarto de hora cedió en Fontainebleau á las exigencias reunidas de la debilidad y de la ambicion (porque entregado á sus propias inspiraciones Pio VII no hubiera cedido), fué para volver á aparecer inmediatamente aquella resistencia mas determinada, mas enérgica, y coronada con un arrepentimiento sublime (1). Despojado, cautivo y solitario, parecia el Pontífice aun mas grande y venerable que en su palacio y en medio de su corte. Los votos del universo católico, así como los respetos de todos los hombres moderados é imparciales, se dirigian de todas partes á este justo perseguido, á este anciano sin apoyo exterior, pero rodeado de la triple magestad de la Religion, de la virtud y de la desgracia (2). Víctima de una larga serie de injusticias que indignaban aun á los mas indiferentes, poseyó su alma con la paciencia, y triunfó de sus enemigos. En tiempos menos agitados usó de la misma prudencia y moderacion, lejos de conservar resentimiento ó deseo de venganza. Tal vez un Pontífice menos virtuoso se hubiera permitido algun resentimiento contra una nacion, de cuyo seno se habian asestado tantos tiros contra la Santa Sede, y que habia proporcionado tantos cómplices en la persecucion; pero Pio VII, al contrario, no manifestó á la Francia mas que benevolencia y afecto, aprovechó la ocasion de proclamar la piedad de los buenos fieles y la caridad de las damas generosas que se habian interesado por el Pontífice despojado y que habian socorrido á todas las víctimas de la proscripcion, y procuró segunda vez curar las llagas de aquella iglesia y volverla á asentar sobre sólidas bases.

Terminaremos haciendo notar el aleja-

(1) *Artaud, Hist. del Papa Pio VII*, p. 38.

(2) *Amigo de la Religion*, t. 37, p. 99.

miento que al nepotismo mostró este Papa. Pudiera haberse dicho que no tenia familia, al ver el poco cuidado que tuvo en presentar la suya en un teatro mas brillante y en rodearla de riquezas y honores. No llevó sus parientes á Roma, ni les dió títulos ni empleos, y á ninguno de ellos dió entrada en el Sacro Colegio; su nombre no se vió mezclado con ninguno de los acontecimientos de este pontificado, y no se habló de ellos mas que para anunciar lo que Pio VII les habia declarado, á saber: que nada debian esperar de él, y que si Chiaramonti conservaba hácia su familia un vivo afecto, el Gefe de la Iglesia nada podia hacer por ella. El trascurso del tiempo probó que esta resolucion era inalterable, y durante este largo reinado no se citó otra cosa de las relaciones de Pio VII con los Chiaramonti sino que habia bendecido el matrimonio de uno de ellos, y dado el velo de religiosa á una sobrina.

Así la opinion de la sublime virtud de este Papa se habia difundido tanto, que se le creia favorecido de gracias extraordinarias. Los obispos de Alatri y de Terracina retirieron como un hecho cierto, cuando fueron deportados á Francia, que en el mismo momento de la muerte de Pio VI se dirigió una paloma hácia el palacio de Imola, y anuncio á Chiaramonti su futura eleccion. La misma paloma apareció en Roma en el palacio Quirinal pocos dias antes del rapto de Pio VII en 1809, y habia la persuasion de que le habia advertido la suerte que le esperaba. Al referir estos rumores, consignados en algunos escritos y confirmados por testimonios respetables, no pretendemos otra cosa que manifestar la reputacion de santidad de que gozaba Pio VII; reputacion tal, que no se dudó habia cesado de reinar en la tierra para ir á ocupar un trono glorioso en el cielo.